

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA LIBERTAD, LA REPRESIÓN Y LA MUERTE

SOME REFLECTIONS ON FREEDOM, REPRESSION AND DEATH

HAINBAT GOGOETA ASKATASUNARI, ERREPRESIOARI ETA HERIOTZARI BURUZ

Alberto Chamorro

Facultad de Ciencia y Tecnología, Universidad del País Vasco. EHU. Bilbao. Bizkaia. España UE.

RESUMEN

Este artículo corresponde, con las debidas adecuaciones, al texto de la conferencia que con el título de La Libertad y la Represión impartió el autor en la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras "Luis Vélez de Guevara" de Écija el día 12 de diciembre de 2007. Trata sobre aspectos de la libertad y la represión en el individuo, fundamentalmente de como esas condiciones son conformadas por el contexto cultural. Parte de ideas y conceptos expresados por Sigmund Freud en "El Malestar en la Cultura" y "Consideraciones de Actualidad sobre la Guerra y la Muerte", y por Herbert Marcuse en "Eros y Civilización", pero va más allá con una lectura personal y reflexiones propias, sobre todo en lo concerniente al efecto que la conciencia de la muerte ejerce sobre la libertad humana.

SUMMARY

This article corresponds – with the necessary adaptations – to the text from the lecture entitled Freedom and Repression given by the author from the "Luis Vélez de Guevara" Royal Academy of Science, Fine Arts and Humanities in Écija on 12th December 2007. It deals with aspects of freedom and repression in the individual - essentially as to how these conditions are shaped by the cultural context. It puts forward ideas and concepts expressed by Sigmund Freud in "Civilization and its Discontent" and "Thoughts for the Times on War and Death", and by Herbert Marcuse in "Eros and Civilization," although it goes beyond an author's own personal reading and reflections, above all in matters concerning the effect that the awareness of death exerts on human freedom.

LABURPENA

Artikulu honek hitzaldi bat du abiapuntu; hain zuzen, egileak Ecijako "Luis Velez de Guevara" Zientzien, Arte Ederren eta Letren Errege Akademian, 2007ko abenduaren 12an, "Askatasuna eta Errepresioa" izenburupean eman zuen hitzaldiaren testua. Artikulua gizabanakoaren askatasunari eta errepresioari buruzkoa da, kultur testuinguruak ezaugarri horietan duen eraginari buruzkoa, hain zuzen. Testuaren abiapuntuan, Sigmund Freuden "Ezinegona Kulturari" eta "Gaur Egungo Gogoetak Gerrari eta Heriotzari buruz" eta Herbert Marcuseren "Eros eta Zibilizazioa" obretan adierazitako ideiak eta kontzeptuak daude, baina egilea harago doa, eta bere gogoetak aurkezten dizkigu irakurketa pertsonal baten bitartez, batik bat heriotzaren kontzientziak giza askatasunean duen eraginaren inguruan.

Correspondencia:
Alberto Chamorro
Facultad de Ciencia y Tecnología, UPV-EHU.
Apartado 644, 48080 Bilbao. Bizkaia. España UE.
Correo electrónico: gacetamedica@gruponahise.com

La libertad podría definirse como la capacidad del ser humano para poder realizar todas sus potencialidades. Sigmund Freud, en su obra *El Malestar en la Cultura* (1930) sentó la tesis de que la cultura y la civilización han requerido una represión importante de los instintos naturales: El Principio de la Realidad ha destronado el Principio del Placer. El Principio de la Realidad consiste en el cúmulo de condicionamientos que la realidad del mundo físico, biológico, etc., con sus leyes naturales, y de la sociedad, con sus requerimientos, leyes y costumbres sociales, impone al individuo. El Principio del Placer es el conjunto de tendencias que hay en cada ser humano para satisfacer sus instintos naturales. Estos instintos naturales, en una primera clasificación, los podríamos agrupar en los de conservación, sexual, perpetuación de la especie y de agresividad.

Marcuse desarrolla más esta visión estableciendo la importante diferencia entre represión básica y represión sobrante. La primera es inevitable y necesaria para la convivencia humana, la misma conservación del individuo y la perpetuación de la especie; la segunda, enraizada en el pasado y mantenida por la inercia y el interés de las instituciones y clases de poder, ha de ser superada si se han de alcanzar cotas más satisfactorias de libertad. La represión sobrante es siempre referida a un determinado momento histórico y su contenido evoluciona con la evolución de la sociedad. Lo que en una cierta época, como la actual, es represión sobrante puede haber sido represión básica en una época pretérita correspondiente a una civilización menos madura. Por ejemplo, seguramente muchos de los preceptos dietéticos que Moisés impuso a los israelitas, tales como no comer carne de cerdo o almejas seguramente estaban justificados como represión básica en los tiempos bíblicos por razones de salubridad, pero son represiones sobrantes en las comunidades hebreas fundamentalistas contemporáneas en las que siguen vigentes a pesar de las modernas tecnologías de manipulación y conservación de alimentos. Muchas de las restricciones impuestas a las mujeres en algunos países islámicos son otros ejemplos de represión sobrante actuales en otras zonas del planeta. Y diversos prejuicios sociales lo pueden asimismo ser en cualquier sociedad. En la represión básica hay contenidos que necesariamente han de ser muy estables en razón de la gran inmutabilidad de las leyes de la naturaleza, pero vemos pues que en ella hay así mismo elementos que pueden desaparecer, o aparecer como nuevos, con el devenir histórico de las sociedades humanas; por tanto también puede ocurrir que algo que hoy es represión básica podría en un futuro estadio de civilización más desarrollada ser represión sobrante. La represión sobrante sobra, no es estrictamente necesaria ni para la conservación del individuo, ni para la perpetuación de la especie, ni para la convivencia civilizada.

El tema de la libertad es un tema muy amplio y complejo. El término libertad es uno de los más utilizados en el mundo moderno y tiene una infinidad de matices pudiendo ser contemplado desde una variedad infinita de

puntos de vista. Nosotros nos vamos a limitar a considerar unas muy pocas ideas sobre la libertad del individuo. Nada de lo digamos pretende ser dogmático o definitivo. Sólo se tratará de ciertos puntos de vista entre otros muchos, incluso contrarios, que se podrían dar. Pero lo que presentaremos será un discurso racional plausible que no reclama ser el único posible. Los argumentos que expondremos están basados en la idea de Freud, tal como los expuso en su obra *El Malestar en la Cultura*, y en el intento de síntesis realizado por Herbert Marcuse de la teoría de Freud y del sistema de Karl Marx con su obra *Eros y Civilización* (1955), además de algunas otras reflexiones personales que serán más amplias al considerar la influencia que el conocimiento de la muerte puede ejercer sobre la libertad humana.

Como dijimos antes una posible definición de libertad individual podría ser la de la capacidad para que el ser humano pueda expresar todas sus potencialidades. Ahora bien, el abanico completo de las potencialidades de la persona es demasiado amplio, y cualquier escala de valores daría siempre lugar a potencialidades consideradas como positivas, "convenientes", y otras valoradas como negativas o "inconvenientes". Como cada sociedad a la que el individuo pertenece tiene sus valores, siempre desde que el hombre fue un ser social, su entorno colectivo ha ejercido una represión sobre sus potencialidades. Es esto lo que constituye la proposición de Sigmund Freud acerca de que la civilización está basada en la subyugación permanente de los instintos humanos. Es claro que aquí sólo nos referimos a represiones que tienen un origen social, no a aquellas que provienen de la estructura de la naturaleza. La represión que dimana de la estructura social, por su entidad y carácter, es uno de los rasgos que diferencian a los humanos de otras especies animales. Esta es la que nos concierne más específicamente en estas reflexiones.

El concepto del hombre que surge de la teoría freudiana es una fuerte acusación contra la civilización occidental y, al mismo tiempo, es la más firme defensa de esta civilización. De acuerdo con Freud la historia del hombre es la historia de una represión. La cultura restringe no sólo su existencia social, sino también la biológica, no sólo partes del ser humano, sino su estructura instintiva en sí misma. Veremos más adelante, específicamente en relación con la cuestión de la muerte, que en cierto sentido la cultura incluso puede llegar a modificar los instintos básicos. Sin embargo, esa restricción es la precondition esencial del progreso. Dejados en libertad para perseguir sus objetivos naturales, los instintos básicos del individuo serían incompatibles con toda asociación y estabilidad. Las fuerzas destructivas de Eros –símbolo de los instintos y fuerzas que tienden a formar entidades más complejas por unión y combinación de entidades más simples– provienen del hecho de que aspira a una satisfacción que la cultura no puede permitir: la gratificación como tal, como un fin en sí misma, en cualquier momento. Por tanto, los instintos

deben ser desviados de su meta, inhibidos en sus miras. La civilización empieza cuando el objetivo primario, o sea, la satisfacción integral de las necesidades, es efectivamente abandonado.

El cambio de sistema de valores impuesto por la civilización puede ser definido mediante la siguiente transformación:

satisfacción inmediata → satisfacción retardada
 placer → restricción del placer
 gozo (juego) → fatiga (trabajo)
 receptividad → productividad
 ausencia de represión → seguridad

Freud describió este cambio como la transformación del "principio del placer" en el "principio de la realidad". El inconsciente humano, regido por el principio del placer, abarca los más viejos procesos primarios, los residuos de una fase de desarrollo en la cual eran la única clase del proceso mental. Esta fase perteneció a la época en la que los antepasados biológicos del hombre, los "prehomínidos", mentalmente no se diferenciaban esencialmente de otras especies vivas que podríamos catalogar como "animales irracionales". Entonces la estructura mental estaba casi enteramente construida por ese ramillete de deseos instintivos que Freud denomina "Id" o "Ello".

A lo largo de la historia la organización social ha venido a reprimir y transustanciar las necesidades instintivas originales. En un cierto sentido se puede decir que si la ausencia de represión es el arquetipo de la libertad, la civilización ha representado entonces una lucha contra esta libertad. La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es uno de los grandes sucesos traumáticos en el desarrollo del ser humano. En el desarrollo del género o filogénesis tiene lugar cuando el hombre terminó aperciéndose de que tenía que dar rodeos para conseguir sus objetivos, que, como decía Francis Bacon, a la naturaleza se le vence obedeciéndola, que la escasez y las dificultades que la naturaleza presenta no hacen aconsejable actitudes frontales encaminadas a la satisfacción de las necesidades, sino aproximaciones indirectas, "inteligentes", y cuando además las clases dominantes de turno, las instituciones históricas, el poder constituido de cada época sobreimpuso sus restricciones adicionales, necesarias para hacer posible la convivencia del colectivo humano, pero también necesarias para la preservación del poder establecido.

La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad, se produce también paralelamente en el desarrollo del individuo u ontogénesis. Ocurre durante la primera infancia, de un doble modo al igual que filogenéticamente, cuando el individuo va adquiriendo el "uso de razón", y por otra parte cuando la sumisión al principio de la realidad (natural y social) es impuesta por los padres y otros educadores.

Para que todo esto haya ocurrido ha sido necesario que al mismo tiempo el aparato mental del ser humano haya

evolucionado desde su primitiva estructura, casi enteramente constituida por el "Ello", a su estado actual. Según Freud la estructura mental del hombre actual tiene tres bases: el "Ello", el "Yo" o "Ego" y el "Super-yo" o "Super-ego". Como apuntamos más arriba la base fundamental, más antigua y amplia, es el "Ello", el dominio del inconsciente, de los instintos primarios. El "Ello" está libre de las formas y principios que constituyen al individuo consciente, social. No se ve afectado por el tiempo ni perturbado por contradicciones; no conoce "valores", ni el bien ni el mal, ni tiene "moral". No aspira a la autoconservación: sólo lucha por la satisfacción de sus necesidades instintivas, de acuerdo con el principio del placer.

Bajo la influencia del mundo exterior, una parte del "Ello" que está dotada de los órganos necesarios para la recepción de los estímulos y su protección, se desarrolla gradualmente como el "Yo". Es el mediador entre el "Ello" y el mundo exterior. La percepción y la conciencia son sólo la más pequeña y "más superficial" parte del Yo, la parte topográficamente más cercana al mundo exterior, pero gracias a esta serie de instrumentos el Yo mantiene su existencia, observando y probando la realidad, tomando una verdadera imagen de ella, desarrollando módulos interpretativos de la misma, adaptándose a la realidad y alterándola de acuerdo con su propio interés. El Yo tiene la tarea de representar el mundo exterior ante el Ello y así, de salvar a este último, porque el Ello, luchando ciegamente por gratificar sus instintos, sin tomar en cuenta el poder superior de las fuerzas exteriores, no podría de otro modo escapar a la aniquilación. La principal función del Yo es coordinar, alterar, organizar y controlar los impulsos instintivos del Ello para minimizar los conflictos con la realidad: reprimir los impulsos que son incompatibles con la realidad, reconciliar a otros con la realidad cambiando su objeto, retrasando o desviando su gratificación, transformando su forma de gratificación, etc. De este modo, el Yo destrona al principio del placer que ejerce un indiscutible imperio sobre los procesos del Ello, y lo sustituye por el principio de la realidad, que ofrece mayor seguridad y más amplias posibilidades de éxito.

Debido a que el principio de la realidad impone al Yo una serie interminable de "rodeos", el Yo experimenta la realidad como predominantemente hostil, y la actitud del Yo es predominantemente de defensa. Pero, por otro lado, puesto que la realidad, a través de estos rodeos, provee la gratificación, aunque modificada, el Yo tiene que rechazar aquellos impulsos provenientes del Ello que, si fueran gratificados, destruirían su vida. La defensa del Yo es así, una lucha con dos frentes. El Yo se encuentra entre la realidad y el Ello.

En el curso del desarrollo del Yo se levanta otra entidad mental: el Superyo. Este se origina ontogenéticamente en la larga dependencia del infante de sus padres o mayores. Subsecuentemente cierto número de influjos sociales y culturales son asimilados por el Superyo, hasta que éste se afirma como el poderoso representante de la

moral establecida, o de la ideología de su entorno. Filogenéticamente el Superyo se ha desarrollado a lo largo de la historia de la especie humana al ser reforzadas las restricciones instintivas impuestas por la misma naturaleza con las restricciones provenientes de las clases dominantes y las instituciones en sentidos tales como la distribución jerárquica de la escasez o de la riqueza y del trabajo. Las restricciones externas, que primero los padres y luego otros cuerpos sociales han impuesto sobre el individuo, son interiorizadas en el Yo y llegan a ser su “conciencia”; de ahí en adelante el sentido de culpa –la necesidad de ser castigado por las transgresiones o por el deseo de transgredir estas restricciones– atraviesa la vida mental. Como regla, el Yo desarrolla represiones al servicio y por mandato de su Superyo, además de las que previamente ha desarrollado por imperativo de las leyes naturales. Sin embargo, las represiones llegan pronto a ser inconscientes, automáticas, así que una gran parte del sentido de culpa permanece inconsciente.

Pero como veremos ahora el sentimiento de culpa brota de otra fuente fundamental. Preguntémosnos: ¿Cuál es el papel de la muerte, de la conciencia humana de su inevitabilidad, en el binomio libertad-represión? La muerte es un hecho biológico ineluctable en toda forma de vida, es algo consustancial con la misma. Pero ese hecho tiene una trascendencia enorme y distinta en la familia humana. Parece que podemos afirmar con confianza que de entre todas las especies animales ninguna como la humana tiene una conciencia tan nítida, tan clara, de que todos sus miembros morirán. En realidad no hay indicios de que alguna otra especie viva tenga conciencia de la muerte; (ver, por ejemplo, Peter Gärdenfors en *Cómo el Homo se Convirtió en Sapiens*.) La claridad de esta verdad confronta, interpela radicalmente al más primario y universal de los instintos: el de conservación. Esa convicción permanente produce una angustia permanente, angustia específica de los humanos. Para combatir esta angustia se han generado múltiples mecanismos defensivos a lo largo de la historia (filogenéticamente) y los desarrolla el individuo a lo largo de su vida particular (ontogenéticamente). Los restantes instintos básicos han sido alterados escorándose hacia el servicio al de conservación, el más primordial y exigente de ellos. Todas las actividades humanas, consciente o inconscientemente, a lo largo del desarrollo de la cultura, han ido orientándose y conformándose para conjurar del mejor modo posible la ubicua y permanente amenaza de aniquilación personal, el poder omnímodo de Tanatos. Toda empresa, proyecto, esfuerzo o vivencia, individuales o colectivos, están teñidos por la conciencia de la contingencia de la vida y en todo caso por la certeza de que ésta tendrá un fin. Y esto es así a pesar de la parte de razón que indudablemente contiene el aserto de la escuela psicoanalítica freudiana de que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, de que nuestro inconsciente se conduce como si fuera inmortal, lo que no

impide al propio Freud reconocer la poderosa influencia que nuestra conciencia de que moriremos ejerce sobre nuestra vida (Sigmund Freud, *Consideraciones de Actualidad sobre la Guerra y la Muerte*.) Las siguientes observaciones extraídas de una lectura personal de la misma obra de Freud son pertinentes: Confrontados con la muerte de alguien solemos acentuar la causa que la produjo, accidente, enfermedad, malos hábitos, vejez, etc; es como si explicándola nos convenciéramos que, al no darse en nosotros esas circunstancias tan especiales, eso no nos puede ocurrir. Así tendemos a rebajar a la muerte de la categoría de una necesidad a la de un simple azar. Ante el muerto adoptamos una actitud singular, como de admiración y respeto a alguien que ha llevado a cabo algo muy difícil. Le eximimos de toda crítica; le perdonamos eventualmente todas sus faltas; y hallamos justificado que se le honre y ensalce. La consideración a los muertos está para nosotros por encima de la verdad y, para la mayoría de nosotros, seguramente también por encima de la consideración a los vivos.

Los filósofos han afirmado que el enigma intelectual que la imagen de la muerte planteaba al hombre primordial hubo de forzarle a reflexionar, y fue así el punto de partida de toda reflexión. Quizás fue la adquisición de la conciencia de la muerte el acontecimiento trascendente que implicó la aparición de la raza humana con su inteligencia específica, que no sólo sabe sino que además sabe que sabe, que es capaz de hacer a su propio sujeto objeto de su reflexión, quizás eso fue lo que marcó la emergencia del hombre de entre los primates prehomínidos. ¿Fue tal vez la salida del paraíso de la inconsciencia (¿la inocencia?) la expulsión del Paraíso del ser humano? ¿Representa simbólicamente el relato del Génesis de la consumición de la manzana prohibida del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal la crisis que desencadenó el autoconocimiento y marcó el alba de nuestra especie y el comienzo de su historia? Ante el cadáver de la persona amada, el hombre primordial inventó los espíritus, y su sentimiento de culpabilidad por la satisfacción que se mezclaba a su duelo –consecuencia de la ambivalencia de los sentimientos humanos en los que junto al amor siempre está presente alguna dosis de hostilidad– hizo que estos espíritus primigenios fueran perversos demonios, a los cuales había que temer. El miedo a la muerte puede tener diversas raíces, y una bien pudiera ser ésta: el sentimiento de culpabilidad, como señala Freud. No obstante creemos que dicha emoción tiene un origen más primario en la angustia ante lo desconocido (recuérdese la película “El séptimo sello” de Ingmar Bergman, 1957, cuando el caballero que vuelve de las Cruzadas resignado a su cercano fin tras haber perdido la partida de ajedrez que juega con la Muerte le dice a ésta que entonces conocerá sus secretos, y la Muerte le responde: “Yo no tengo secretos”), en el horror a la muerte que es horror ante el vacío y la nada que la razón sugiere, en la zozobra ante la inter-

pelación brutal que la muerte hace a nuestro más fundamental y primario instinto de conservación. El cadáver de la persona amada hace que nos sintamos culpables porque sentimos como un privilegio propio, tal vez injusto, que haya sido ella la que haya muerto y no nosotros. En esta otra visión es el sentimiento de culpa el que procede del miedo a la muerte y no al revés. Y para aliviar el tormento de la culpa adoptamos la actitud de respeto y veneración del difunto a la que antes nos referíamos, de homenaje y glorificación. Así el culto a los muertos dimana no sólo del amor a las personas perdidas sino también de este sentimiento de culpa que surge del miedo y también del remordimiento por lo hecho o no hecho al fallecido mientras estuvo con nosotros, algo no redimible en la vida que se fue, pero que podemos intentar redimir a través de los diversos ritos funerarios. Por todas estas vías la muerte nos convierte en deudores.

Siguiendo de nuevo a Freud, el recuerdo perdurable de los muertos fue la base de la suposición de otras existencias y dio al hombre la idea de una supervivencia después de la muerte aparente. Estas existencias posteriores fueron al principio sólo pálidos apéndices de aquella que la muerte cerraba; fueron existencias espectrales, vacías y escasamente estimadas hasta épocas muy posteriores. Recordemos lo que el alma de Aquiles responde a Ulises: "Preferiría labrar la tierra como jornalero, ser un hombre necesitado, sin patrimonio ni bienestar propio, a reinar sobre la muchedumbre desesperanzada de los muertos." (La Odisea, XI.) O en la vigorosa versión del poeta judío-alemán Heinrich Heine, cuando el héroe dice: "El más insignificante filisteo vivo es mucho más feliz que yo, ..., el héroe muerto, el príncipe de las sombras del Averno." Sólo más tarde consiguieron las religiones presentar esa existencia póstuma como la más valiosa y completa y rebajar la vida terrenal a la categoría de una mera preparación. Y, consecuentemente, se prolongó también la vida en el pasado, inventándose las existencias anteriores, la trasmigración de las almas y la reencarnación, todo ello con la intención de despojar a la muerte de su significación de término de la existencia.

Ante el cadáver de la persona amada nacieron no sólo la teoría del alma, la creencia en la inmortalidad y raíces poderosas del sentimiento de culpa, sino también los primeros mandamientos éticos. El mandamiento primero y principal en el amanecer de la conciencia fue: "No matarás." El cual surgió como reacción ante los sentimientos de culpa experimentados tras la muerte de los seres amados, y se extendió paulatinamente al extraño no amado, y, por último, también al enemigo. Y emergieron las religiones con su doble función de gestionar la mala conciencia de la humanidad ante la muerte sobrevenida o causada y luchar contra la angustia de una existencia temporal y siempre amenazada.

En la esfera individual, consideremos las ambiciones y deseos humanos a la luz de la muerte. En primer lugar los deseos de posesiones o poder, fama o gloria, sexo, odio y

amor, en la medida en que son satisfechos, dan seguridad y responden a exigencias de los instintos básicos, pero, precisamente por esa seguridad y por la autoafirmación del yo frente al mundo externo y ante sí mismo que conlleva la satisfacción de esas exigencias, el resultado es una intensificación de la percepción subjetiva de la propia existencia que disminuye la angustia frente a la no-existencia, frente a la muerte, frente a la nada. Los objetos de los deseos de riquezas, poder, fama, reputación, sexo, amor y odio son externos, pertenecen al mundo exterior del sujeto que los siente. Su satisfacción produce por ello cambios en ese mundo externo, en las cosas o en las personas, cambios que, al ser consecuencia de tendencias de la voluntad de alguien, atestiguan, reflejan la presencia, la existencia de ese alguien. La posesión de cosas capacita al poseedor para actuar sobre ellas cambiándolas en muchos aspectos, el dinero o las riquezas hace que el que lo tiene pueda adquirir cosas y servicios, y estas capacidades generan una clase de consideración y respeto social. El poder en general engendra actitudes de temor, sumisión, respeto, admiración, odio o amor respecto al poderoso. La fama y la reputación son igualmente claras emociones positivas hacia quien las tiene por parte de los demás. El sexo compartido tiene repercusiones ostensibles sobre las personas que lo comparten. Nada como el amor, en sus diversas formas, confiere tamaña seguridad y felicidad a los amados y transforma la vida de los que aman. En la dirección opuesta el ejercicio del odio ocasiona dolor, sufrimiento y temor en los odiados. El mundo, las cosas y las personas, objetos de los deseos, con sus reacciones a los mismos, actúan a modo de espejos de la existencia de los sujetos del deseo, reflejando su ser, y eso no puede dejar de ser un bálsamo para la angustia que éstos experimentan ante la muerte; el frío e intelectual aserto cartesiano "Cogito, ergo sum" (Pienso, luego existo), es vitalmente muchísimo menos efectivo que el análogo que los deseos cumplidos pueden hacer exclamar a los deseadores: ¡El mundo se mueve, otros seres humanos gozan o sufren por mí, luego soy, vivo!

En segundo lugar, este mecanismo de defensa ante la angustia de la conciencia de la muerte refuerza y modifica enriqueciéndolas las exigencias de los instintos, complejificándolos, humanizándolos, diferenciándolos de los instintos análogos en otras especies animales. Pues al movilizarse todos los recursos síquicos y biológicos contra el sufrimiento provocado por esa angustia las fuerzas instintivas se alteran para contribuir a la batalla. De modo que ya no se desea sólo la mera satisfacción de los instintos animales sino que, como antes hemos explicado, se va más allá intentando generar respuestas en las cosas y sobre todo en otros seres humanos que reflejando nuestra existencia mitiguen nuestra ansiedad ante la sombra enorme de Tanatos. Ser o no ser, esa es la cuestión (Hamlet, William Shakespeare, 1564-1616.) Esa es la gran cuestión humana.

Así pues, si el hecho de la muerte ha sido tan determinante en el desarrollo de rasgos humanos tan importantes como la culpa, las religiones, las diversas creencias en vidas extraterrenas, el establecimiento de preceptos morales y leyes, y en la modelación de los instintos humanos, fuentes de los deseos básicos, es claro que las mismas nociones de libertad y represión adquieren una dimensión distinta, un relieve diferente, bajo el imperio de Tanatos. Pues el conocimiento de la muerte ha hecho aparecer en la humanidad a la vez deseos nuevos y represiones nuevas, de las cuales una parte es represión sobrante que coarta innecesariamente la libertad.

Y así llegamos a la estructura mental del hombre de hoy en el contexto de la civilización contemporánea. Este hombre siente agudamente la libertad como problema, con frecuencia siente que no es libre. Pero el problema de la libertad y su misma concepción son inseparables y ésta no tendría sentido fuera del marco general de la civilización, fuera de lo que ha sido la historia del hombre, del advenimiento del "homo sapiens" que necesariamente implicó el desarrollo del Yo y Superyo, y en consecuencia, paradójicamente, de la represión que ha hecho posible a la vez el ser humano de hoy y su civilización.

Similarmente a lo que ya señalamos que ocurre con la represión sobrante y con parte de la básica el principio de la realidad adquiere en cada época una forma diferente dependiendo de algo que no cambia que es la naturaleza exterior primitiva y de algo que sí cambia que es la evolución y transformación operada en la naturaleza por la acción del hombre y las instituciones sociales, políticas, culturales, religiosas, etc. Marcuse llama a la forma histórica con la que el principio de realidad prevale en nuestros días el "principio de actuación".

El individuo moderno experimenta la prepotencia del principio de actuación de forma abrumadora. Conduce una vida cargada de propósitos, llena de acciones que siempre son un medio para algo que es el verdadero objetivo de sus deseos. La mayoría de las veces las acciones humanas son medios para lograr unos fines que a su vez son medios, en una cadena más o menos larga, cuyo último eslabón es el objetivo final del deseo. La vida termina estando llena de vivencias que no interesan en sí, sino sólo en función de aquello a lo que se espera que conduzcan. Se trata de vivencias trascendentes, porque su razón de ser va más allá de ellas mismas.

Pensemos en las horas que dedicamos cada jornada a nuestras ocupaciones laborales, o en los desplazamientos realizados a lo largo del día de un lugar a otro, como ejemplos inmediatos de estas vivencias. La mayoría o todas esas actividades van encaminadas a lograr algo no contenido en la propia experiencia de las mismas. Algo más gratificante y cuya consecución, sin embargo, necesita esos medios.

El resultado es que, con la complicación de la vida, con la característica de nuestro particular principio de actuación que suponen el paro, la escasez, la competitividad, la

ampliación desmesurada y artificial de los deseos humanos estimulados por la sociedad consumista y las nuevas tecnologías, y nuestro particular sentido del deber, termina no habiendo prácticamente lugar en nuestras vidas para aquello que realmente nos interesa sin más, para aquello que sólo deseamos vivirlo. Si nos detenemos a considerar el conjunto de nuestras experiencias cotidianas, preguntémosnos con cuántas y cuáles de ellas nos quedaríamos, en cuantas no nos importaría detener el tiempo, y de cuántas sólo deseamos que pasen, como expediente necesario para algo que sí es satisfactorio.

Nuestra civilización, cultura de la voluntad y del esfuerzo (aunque empieza a haber sectores sociales en los que no se aprecian tanto estos valores), tiene su héroe: Prometeo, que con su esfuerzo roba el fuego de Zeus y lo da a los hombres. (Observemos que la conquista del fuego por el hombre fue un paso decisivo en el avance de la cultura humana.) Pero Prometeo paga su hazaña: es encadenado a una alta roca del Caucaso donde un águila le roe incesantemente el hígado que siempre le crece y nunca se agota. Algunos han querido ver en el águila que atormenta a Prometeo el sentido de culpa y la conciencia del deber. Representa el triunfo del principio de la realidad que termina encadenando totalmente al ser humano de hoy con Prometeo. El desarrollo de la cultura humana ha necesitado imponer restricciones muy considerables a la satisfacción de los instintos básicos, restricciones que se han interiorizado constituyendo "la voz de la conciencia", que genera un sentimiento de culpa ante la continua persistencia de los impulsos instintivos. Incluso los placeres instintivos, cuando se hacen posibles, en muchas ocasiones sólo son permitidos, tolerados, en función de otros fines tales como la productividad, el trabajo, etc.... Estos son fines que de acuerdo con una ordenación instintiva humana no serían sino medios para, en el marco del principio de la realidad, poder satisfacer los deseos humanos básicos. Se produce pues una inversión en los papeles: aquellas cosas que, según la naturaleza instintiva del hombre, deberían de ser fines, tales como el placer, el ocio, el juego, el amor, son reordenadas y convertidas en medios; y aquellas otras como el trabajo, la productividad y la continuación de las instituciones y los hábitos que de ellas dimanarían, que tendrían que ser medios ("No se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre") han sido elevadas a la categoría de fines.

Si a todo lo anterior se añade la autorepresión que nosotros mismos estamos continuamente imponiendo a muchas de nuestras tendencias, a una buena parte de la esfera de nuestra espontaneidad, para evitar el conflicto con la sociedad exterior, por miedo a la opinión, ideología y valores del medio en que vivimos, e incluso como secuela inconsciente de las experiencias de nuestra primera infancia, la perspectiva de la libertad humana en una civilización que proclama como uno de sus altos valores la autonomía del individuo, no parece optimista.

El ser humano es un ente histórico. Su historia evolutiva biológica, mental y cultural interesa para entender lo que hemos llegado a ser; pero la cuestión de la libertad – aparte de la génesis de sus carencias– hay que considerarla más en relación con lo que el ser humano puede llegar a ser que como nostalgia de lo que fue en el pasado. El paraíso perdido –mito recurrente de la cultura asociado, entre otras cosas, a que el recuerdo sólo nos da el goce sin la angustia por su brevedad y así nos da una duración que es imposible de otra manera (“todo tiempo pasado fue mejor”)– si se ha de recobrar, ha de ser en una forma diferente, y no por regresión, sino por progresión. Más bien hay que construirlo, no recobrarlo. Porque seguramente nunca fue.

La interesante película de Stanley Kubrick, “La naranja mecánica”, (1971), transmitía el mensaje de que en la sociedad desarrollada occidental de su tiempo (los años setenta del pasado siglo) sólo eran posible el ser primario, espontáneo, sincero y destructivo o bien el ser secundario, deshonesto, hipócrita y reprimido. Lo mismo podría aplicarse a la época presente, salvando matizaciones atribuibles a los cambios ocurridos desde entonces, resultantes, por ejemplo, en que hace treinta y tantos años la proporción del número de individuos del primer tipo (primarios) respecto al número de los del segundo (secundarios) quizás era claramente menor a la que se da hoy en nuestro entorno social; basta considerar las lamentables situaciones de coacción y violencia que con harta frecuencia se producen en nuestros centros educativos y los tristes sucesos protagonizados por individuos antisociales, xenófobos o fundamentalistas, de los que nos informan los medios de comunicación; en estos casos las actitudes violentas y destructivas tienen sus raíces en pulsiones primarias desinhibidas o ideologías totalitarias. Pues bien, a la desesperación a que conduce la exclusividad de las dos vías de expresión de la persona que señala el filme de Kubrick cabe anteponerle la esperanza de una tercera vía. Una vía en la que aceptando aquella parte de represión necesaria para no ser destruido por las fuerzas de la naturaleza y para la convivencia armónica con los demás, se rechace el exceso de represión acumulado como consecuencia de situaciones pretéritas en la historia humana correspondientes a una menor madurez mental, social, cultural y productiva, y por el deseo de autoprotección de los poderes establecidos.

Como ya dijimos anteriormente es este exceso de represión lo que Marcuse llama “represión excedente” o “represión sobrante” para distinguirlo de la “represión básica”: aquella que produce las “modificaciones” de los instintos necesarias para la perpetuación de la raza humana en la civilización. En palabras de Marcuse: “... aunque cualquier forma del principio de la realidad exige un considerable grado y magnitud de control represivo sobre los instintos, las instituciones históricas específicas del principio de la realidad y los intereses específicos de dominación introducen controles adicionales sobre y por

encima de aquellos indispensables para la asociación humana civilizada. Estos controles adicionales que salen de las instituciones específicas de dominación, son los que llamamos represión excedente”.

Por ejemplo: según Marcuse las modificaciones y desviaciones de la energía instintiva, necesarias para la preservación de la familia patriarcal monogámica o para la división jerárquica del trabajo o para el control público sobre la existencia privada del individuo, son ejemplos de represión excedente que pertenecen a las instituciones de un principio de la realidad “particular”. Ellas son agregadas a las restricciones básicas (filogenéticas) de los instintos que marcan el desarrollo del hombre desde el animal humano hasta el “animal sapiens”. Obviamente estos son sólo ejemplos parciales y puede haber opiniones diferentes sobre cuál es la represión que “sobra”.

En cualquier caso, una vez identificada la sobrerrepresión (la excedentaria), lo que ya puede ser social y psicológicamente conflictivo, no sólo porque ello confrontará los intereses del poder e instituciones establecidas sino porque entrañará también pugna con el Superyo, la lucha para librarse de la represión sobrante externa e interiorizada no es fácil, pero es necesaria si el individuo ha de alcanzar mayores cotas de libertad. Por otra parte, la libertad nunca es ni nunca puede ser absoluta. Ya hemos visto como una cierta clase y grado de represión, de autodisciplina, es estrictamente necesaria para la preservación del ser humano, biológica y culturalmente. La libertad no es en sí misma la felicidad, pero es una precondition necesaria para ella si ésta ha de ser verdaderamente humana. También la libertad puede conducir a la catástrofe y a la infelicidad, pero esto forma del riesgo que dignifica al ser humano. Simplemente no hay que olvidar, que siendo algo muy deseable, la libertad no es tampoco un fin en sí misma como lo puede ser ese algo inefable que llamamos felicidad.

La libertad es algo más contagioso que la inteligencia o la sensibilidad. Los libres hacen seres libres más que los inteligentes o sensibles generan sus cualidades en otros. Quizás sea adecuado terminar con las profundas palabras de Khalil Gibran sobre la libertad (The Prophet, 1923). Ellas encierran, en forma poética, muchos de los puntos que anteriormente hemos tocado y, en particular, aluden a su dualidad y siempre perfectible naturaleza:

“A las puertas de la ciudad y a la lumbre de vuestro hogar, yo os he visto hincaros y adorar vuestra propia libertad. Así como los esclavos se humillan ante un tirano y lo celebran cuando los mata. ¡Ay! En el jardín del templo y a la sombra de la ciudadela he visto a los más libres de vosotros emplear su libertad como un yugo y una cuerda. Y mi corazón sangró en mi pecho porque sólo podéis ser libres cuando el deseo de perseguir la libertad ya no sea un arnés para vosotros y cuando dejéis de hablar de la libertad como una meta y una realización.

Seréis, en verdad, libres no cuando vuestros días estén libres de cuidado ni vuestras noches de deseos y

pena. Sino, más bien, cuando esas cosas acosen vuestra vida y, sin embargo, os elevéis sobre ellas, desnudos y sin ligaduras. Y, ¿cómo os elevaréis más allá de vuestros días y vuestras noches a menos que quebréis las cadenas que, en el amanecer de vuestro entendimiento, atasteis alrededor de vuestro mediodía? En verdad, eso que llamáis libertad es la más poderosa de esas cadenas, a pesar de que sus eslabones resplandezcan al sol y deslumbren vuestros ojos. ¿Y qué sino fragmentos del vuestro propio yo descartaréis para poder ser libres? Si es una ley injusta, la que deseáis abolir, esa ley fue redactada con vuestra propia mano sobre vuestra propia frente. No podéis borrarla quemando vuestros códigos ni limpiando la frente de vuestros jueces, aunque vaciéis el mar sobre ella. Y, si es un déspota el que queréis deponer, ved primero que su trono, erigido dentro de vosotros, sea destruido. Porque, ¿cómo puede un tirano gobernar a los libres y a los dignos sino por medio de una tiranía en su propia libertad y una vergüenza en su propio orgullo? Y si es una pena lo que queréis desechar, esa pena fue elegida por vosotros más que impuesta sobre vosotros. Y si es un

miedo el que queréis anular, la sede de ese miedo está en vuestro corazón y no en la mano del ser temido. En verdad, todas las cosas se mueven en vosotros como luces y sombras unidas. Y, cuando la sombra desaparece y no existe más, la luz que queda se transforma en sombra de otra luz. Y, así, vuestra libertad, cuando pierde sus cadenas, se convierte ella misma en la cadena de una libertad mayor”.

REFERENCIAS

- El Malestar en la Cultura, Sigmund Freud, 1930 (Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981)
 Eros y Civilización, Herbert Marcuse, 1955 (Editorial Ariel, S. A., Barcelona, 2003)
 Consideraciones de Actualidad sobre la Guerra y la Muerte, Sigmund Freud, 1915 (en El Malestar en la Cultura, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981)
 Como el Homo se Convirtió en Sapiens, Peter Gärdenfors, 2000 (Editorial Espasa Calpe, S. A., Madrid, 2006)
 The Prophet, Kahlil Gibran (1923)